

## LA EVANGELIZACIÓN JESUÍTICA ENTRE LOS CHIRIGUANOS

Carlos A. Page\*

### Entre la guerra y el evangelio.

Los chiriguanos, hoy autodenominados ava-guaraníes, se instalaron en los siglos XV y XVI en los Andes bolivianos, provenían de las llanuras paraguayo-brasileñas, y sometieron a las poblaciones que allí se encontraban, principalmente zamucos, tobas y chané o guana (Ros y Combés, 2003, p. 31). Esta migración hace alusión a la tan buscada “Tierra sin mal” de los guaraníes, frente a un estado de crisis interna de una sociedad que buscaba una respuesta religiosa, pero también social, pues la migración suponía enfrentarse a una organización política en un ideal de libertad. Los chiriguanos son una etnia de habla guaraní (tupí-guaraní) que opuso resistencia primero a Tupac Inca Yupanqui, quien intentó infructuosamente conquistarlos para convertirlos a su religión (De la Vega, 1609, p. 52), luego al español, cuyo sometimiento comenzó después de la ejecución de Atahualpa, cuando el virrey marqués de Cañete nombró conquistador de la región chiriguana y valles adyacentes a don Andrés de Manso. El capitán riojano logró establecer algunas poblaciones, aunque fue asesinado por los indígenas en 1566. Lo siguieron, sin resultados positivos, Ñuflo de Chávez, Pedro Castro, Hernán Díaz y Martín de Rodas, que conquistó el valle de Tomina en 1591, entre tantos otros que elevaban sus relaciones de méritos y servicio en contra de los indios para ganarse prebendas.

---

\* Doctor en Historia por la Facultad de Filosofía, Historia y Letras de la Universidad del Salvador e Investigador Independiente del CONICET-CIECS (Argentina). Casillero electrónico: e1@hotmail.com” capage1@hotmail.com

Los chiriguanos también fueron hostiles entre ellos mismos, en sus distintas parcialidades. De ahí que se los considere uno de los pueblos americanos más belicosos, aunque ciertamente es una visión hispano-europeizada con intereses determinantes. Thierry Saignes resumió las características particulares de los chiriguanos expresando que eran mestizos, pero con una minoría tupí-guaraní y una mayoría arawak (los llamados guana y chané). Tenían un sistema político donde nadie obligaba a alguien a hacer algo si no lo deseaba, excepto en la guerra. Contaban con una religión sin adoración en particular, ni ídolos, ni templos, ni sacerdotes. Se asentaban en grandes poblados fortificados, en territorios estables con una producción agrícola con excedentes (Saignes, 2007, pp. 34-36). Más específico en esto último es el P. Chomé, que estuvo entre los chiriguanos en la primera mitad de la década de 1730, expresando en una carta que, veremos en detalle más adelante: *“Sus lugares están dispuestos en forma de círculo, y su centro es la plaza”*. Ponen a sus muertos en una tinaja y entierran en sus propias casas (Davin, 1756, pp. 163-188).

Asentados en los alrededores de Santa Cruz de la Sierra desde 1561, con sus casi dieciséis mil indios de encomienda, los españoles establecieron luego algunas haciendas en el Valle de Tarija. Pero los chiriguanos lograron fácilmente desplazarlos. Uno de esos estancieros, el capitán Juan Ortiz de Zárate, presentó una petición a la Real Audiencia de Charcas, en 1564, solicitando ayuda económica para organizar una expedición punitiva contra los chiriguanos. No fue atendido en su reclamo pero, igualmente, los enfrentó en ese año y a fines de la década, pero ninguna de las dos operaciones militares aportó éxito alguno (Oliveto y Ventura, 2009, p. 145).

Un principio de solución lo propuso el virrey Francisco Álvarez de Toledo cuando, luego de la ejecución de Túpac Amaru, ordenó fundar la ciudad de Tarija en 1574 para frenar a los chiriguanos desde dos frentes, hasta alcanzar el Pilcomayo. Pero en los avances hispanos la táctica de los indios era eludir todo contacto, amén de que la empresa quedó trunca por la enfermedad de Toledo. No siendo suficientes estas medidas, el capitán Diego de Contreras, procurador general de La Plata, sugirió al presidente del Consejo de Indias fundar, como lo hizo, otros dos pueblos de españoles en los ríos Condorillo (Parapetí) y Pilcomayo. Recordemos

que a orillas del primero y en tierras chiriguanas, Andrés Manso fundó en 1561 Santo Domingo de la Nueva Rioja, destruido al poco tiempo.

El gobernador Lorenzo Suárez de Figueroa y varios cruceños, en sus ansias por descubrir minas de oro y plata emprendieron empresas “pacificadoras”, aprovechando la partida del virrey Toledo (Coello de la Rosa, 2007, p. 157); si no encontraban las mentadas minas, podían esclavizar a los indios que defendían sus tierras poniéndose en guerra. De tal forma que las relaciones de los españoles con los chiriguanos comenzaron a provocar constantes muertes y destrozos. Así fue que el mandatario, con apoyo del presidente de la Real Audiencia de La Plata, licenciado Juan López de Cepeda, llevó a cabo otra estrategia, solicitando misioneros a los jesuitas del Perú, para que fueran a evangelizar a los chiriguanos. Reunidos en la Congregación de 1582, los jesuitas aceptaron la invitación del gobernador (Egaña, 1966 (IV), pp. 479-480); aunque recién cuatro años después el provincial Juan de Atienza envió a los PP. Diego Samaniego<sup>1</sup> y Diego Martínez<sup>2</sup>, acompañados por el H. Juan Sánchez. El primero fue nombrado superior y partió de Potosí, mientras que los otros dos lo hicieron desde el Cusco. Se reunieron en el fuerte de Mizque el 20 de mayo, donde permanecieron diez meses misionando entre sus habitantes sin poder avanzar hasta los chiriguanos por los continuos levantamientos. El 17 de mayo de 1587 llegaron a Santa Cruz, donde fueron muy bien recibidos por Suárez de Figueroa que les construyó una casa con una pequeña iglesia. Permanecieron un tiempo predicando en la ciudad y sus alrededores mientras aprendían la lengua chiriguana, escribiendo apuntes de catecismo, gramática y hasta canciones. Esta actitud, que seguía el efecto que produjo el P. Barzana al predicar en Lima en lengua general de los Incas, era lo que iba a

<sup>1</sup> El P. Samaniego nació en Valladolid en 1542. Ingresó en el Colegio de Salamanca de la Compañía de Jesús en 1563, donde estudió medicina. Al concluir su noviciado, fue enviado a Valladolid, incorporándose a la expedición del P. Andrés López que viajó al Perú en 1584. El P. López falleció en Panamá y la expedición quedó a cargo del P. Samaniego. Llegado al Perú, el provincial Atienza lo destinó a Juli. Falleció en 1627 (Torres Saldamano, 1882, pp. 54-57).

<sup>2</sup> El P. Martínez nació en Llerena (Badajoz, Extremadura) Hizo su cuarto voto en Juli, en 1582.

diferenciarlos con los sacerdotes mercedarios establecidos en Santa Cruz tiempo atrás (Coello de la Rosa, 2007, p. 161). La actividad jesuítica fue calurosamente elogiada en 1589 por el gobernador, como así lo hizo constar en carta a la Audiencia de Charcas. Pero concentraron su atención en los chiquitanos (O’Neill y Domínguez, 2001, p. 2523), pues sus vecinos no aceptaron vivir entre los españoles y tampoco agruparse en pueblos, menos aún la pretensión de los jesuitas de convertirlos en agricultores, ganaderos y artesanos.

Continuaron las acciones belicosas, lloviendo a la Corona informes sobre los daños, insultos, muertes y robos que perpetraban con impunidad sobre los vasallos, entre los que se encontraban los chané y por cierto los españoles, de los cuales tomaron la vida de un fraile franciscano y un capitán a cargo de la población de San Miguel de la Laguna, entre muchos otros (Corrado y Comajuncosa, 1884, p. 58). El resultado fue recibido con beneplácito en Santa Cruz, pues se logró la Real Provisión del 20 de mayo de 1584 firmada por Felipe II, que autorizó formalmente a declarar la guerra a los chiriguanos, permitiendo esclavizarlos.

Luego del paso del P. Barzana por los chiriguanos de Tarija en 1593, el provincial Juan Sebastián envió, dos años después y desde Potosí, a las misiones de chiriguanos de Chuquisaca a los PP. Vicente Yáñez y Diego de Torres Rubio, regresando el P. Samaniego. Destaquemos que el P. Torres Rubio fue autor de gramáticas en aymará y quechua (Bruno, 1992, p. 131).

Entre tantos informes, en una relación de 1601 de los jesuitas del Perú, se manifiesta que por la época habría unos veinte mil chiriguanos de guerra (Pastells, 1912 (I), p. 98); mientras los franciscanos también intentaban misionar entre los mismos con la anuencia expresa de la Real Audiencia de Chuquisaca. Entraron en la región del Valle de las Salinas, donde se encontraban las comunidades de indios de Tambavera y Tayaguasu, entre el Pilcomayo y el Bermejo. Pero los misioneros, a pesar de haber logrado construir una capilla, fueron expulsados por los indios en menos de un año. Para 1631 ingresaron otros dos misioneros franciscanos, pero de ellos nunca más se supo nada. También fueron malogradas en aquel momento, las entradas de agustinos y dominicos

en la región de Chiquiacá. Los primeros sostuvieron una reducción desde 1609, que fue destruida en 1634. Mientras que los segundos fundaron, recién en 1715, tres reducciones: Nuestra Señora del Rosario, Santa Rosa y San Miguel, que fueron destruidas con el levantamiento de 1727 (Pifarré, 1989, pp. 112 y 172).

En 1607, el provincial de los jesuitas del Perú, Esteban Páez, a pedido del virrey conde de Monterrey, envió a la misión de chiriguano de Tarija al P. Manuel Ortega, experimentado misionero que tuvo de compañero al P. Jerónimo Villarnau. Allí estuvieron dos años recorriendo varias veces los veintitrés pueblos que había (Pastells, 1912 (I), p. 223 y 470).

Dos años después se insistió en nuevas entradas de misioneros, logrando una supuesta paz en la región. Incluso, se detalla en los informes de la época sobre el bautismo del cacique Tambalera. Pero los chiriguano siguieron atacando ciudades como San Lorenzo de la Frontera, cercando el paso al Perú, hasta que se ordenó una entrada punitiva a cargo del general don Juan Manrique de Salazar en 1621. Estas incursiones nunca tenían éxito ante las mencionadas tácticas de los chiriguano.

Ya fundada la provincia jesuítica del Paraguay, hubo una cuestión de competencias en cuanto a quien le correspondía la tarea de la evangelización de chiriguano. De tal forma que el general Vitelleschi comunicó al provincial del Paraguay, Francisco Vázquez Trujillo, en 1629, que se informara del asunto y lo discutiera con su par del Perú, Antonio Vázquez. Este último decidió salir desde Santa Cruz a la región del Parapeto enviando entre 1632 y 1644 a varios jesuitas. No obstante, el superior del grupo P. Francisco Castels aconsejó abandonar las dos reducciones que tenían entabladas (Pastells, 1912 (I), p. 537), luego del cruento enfrentamiento que en 1637 le costó la vida a ochocientos españoles y que perduró unos años más.

Escribe el P. Leonhard, que gran sacrificio costó la entrada de los PP. Pedro Álvarez e Ignacio Martínez a los chiriguano en 1634 (Leonhardt, 1929 (XX), pp. 619-620). El P. Álvarez se encontraba en la reducción de la Natividad de Nuestra Señora, mientras que el P. Martínez atendía la

reducción de Santa Ana. El provincial Diego de Boroa designó a estos dos experimentados misioneros para que fueran a misionar a los chiriguano. Fue al año siguiente que los chiriguano dieron muerte a los PP. Ripari y Osorio, quedando todo abandonado.

La empresa no lograba hacer pie y, recién, el obispo de Tucumán, en 1678, comunicó al rey sobre la conveniencia de la conversión de los infieles del Chaco, recomendando que se envíen de España jesuitas para esta labor. Aconseja que es conveniente empezar la conversión por Tarija, "donde hay muchos chiriguano pacíficos que piden Padres, cuya lengua saben comúnmente los de la Compañía". Incluso sugiere la fundación de un colegio jesuítico en esa ciudad, a pesar de que pertenezca a la diócesis de Chuquisaca y gobierno del Perú (Pastells, 1918 (III), p. 167).

Es de destacar que, al año siguiente, el provincial del Perú decidió fundar misiones estables, sobre todo en Mojos. Pero el P. Cipriano Barace fue de la opinión de priorizar chiriguano, pues argumentaba que estaban más cerca de Santa Cruz que los otros, que se conocía su lengua y eran más numerosos. Decidió visitarlos, permaneciendo ocho meses con ellos, pero al darse cuenta de lo difíciles que eran emprendió su misión hacia Mojos, donde fue martirizado y asesinado en 1702. Luego de un incidente con unos chiriguano en Santa Cruz, el gobernador Jerónimo de la Riva daba cuenta al rey que los chiriguano volvieron a la obediencia y pidieron misioneros (Pastells, 1918 (III), p. 372). De tal forma que, en 1680, el provincial Martín Jáuregui envió a los PP. Juan de Montenegro y Juan de Espejo, quienes se asentaron en el Guapay por siete años, aunque terminaron acompañando al P. Barace en Mojos. También, en ese año y desde el Paraguay, intentó establecer una reducción en el Guapay el P. Juan de Torres, y no obtuvo resultados.

El flamante gobernador de Santa Cruz, don Agustín de Arce, comunicó al rey su asunción al gobierno en 1687 y de varias medidas llevadas a cabo, como, por ejemplo, su visita a los indios chiriguano a quienes dice, persuadió de que se redujeran más de trescientos, ofreciéndose apadrinarlos en su bautismo, con la nobleza de la ciudad de San Lorenzo (Pastells, 1924 (IV), p. 141). Pero, obviamente, no pasó nada después de ese fugaz encuentro.

### La fundación del colegio jesuítico de Tarija

El colegio de Tarija, creado por los jesuitas, surgió para convertirse en el enclave estratégico que posibilitaría ampliar la frontera evangelizadora y llegar a los chiriguano y otras parcialidades de la región. Igualmente, los jesuitas visitaban la ciudad desde 1686 a través de las misiones volantes que hacían desde el colegio de Salta. Por aquel entonces, frecuentaba la ciudad el P. Diego Ruiz (Lozano, 1941, p. 256).

El flamante establecimiento quedó constituido a fines del siglo XVII, cuando la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay tenía a su cargo ocho colegios y veintidós reducciones, donde se distribuían doscientos diez sujetos del Instituto. El Colegio Máximo se ubicaba en Córdoba, donde residía el provincial y se encontraba también el noviciado. Estaban concluyendo el actual templo y se prestaban a la fundación del tradicional convictorio para el colegio. También destaquemos que, por entonces, se fundó el colegio de Corrientes y luego la residencia de Catamarca, pero sobre todo asistimos a un tiempo en que brotaba una renovada actitud misional, que se materializó en varios proyectos para nuevas misiones. Los jesuitas se extendieron hasta Patagones, donde el P. Nicolás Mascardi pereció en 1673. Unos años después, en 1686, el P. José Zúñiga intentó restablecer la misión del lago Nahuel Huapi, siendo retirado del lugar por el gobernador Garro (Page, 2012, p. 185).

La relación del colegio de Tarija con las misiones de Chiquitos fue cardinal sólo en sus inicios. Vinculación que nunca se perdió, en cambio, con las misiones de chiriguano. Aquella dependencia se descongelará rápidamente a medida que pasan los años y crecen las posibilidades de desarrollo de la misión, haciendo que alcancen autonomía administrativa. El colegio quedó dedicado a las misiones de chiriguano y a los pueblos de Tipa y Tacará, ubicados en actual territorio chileno, entre las numerosas misiones itinerantes que practicaban los jesuitas a lo largo de su estadía en Bolivia, como por ejemplo en las inmediaciones de las minas de Lipés. Pero por cierto la evangelización de los chiriguano en particular no fue nada fácil, con momentos gratificantes pero también de dolor ante una serie de fracasos que incluso cobraron la vida de varios jesuitas. En cambio las misiones de la región de Tacará, promovidas por el vecino José Basilio de Barrera, fueron en pueblos más sosegados.

Todo establecimiento educativo de este tipo requería de un fundador, es decir, aquella persona que auspiciara económicamente la empresa. Generalmente, donaba una casa o solar en la ciudad y una estancia para que sus frutos mantuviesen el colegio. Así lo hizo el noble matrimonio del caballero del hábito de Alcántara que después fue primer marqués del Valle Tojo, don Juan José Fernández Campero de Herrera<sup>3</sup> y su esposa doña Juana Clemencia Bermúdez de Ovando<sup>4</sup>. El futuro noble no se limitó a la cesión especificada en la escritura de donación de una casa en dos solares de la plaza y de las estancias de San Juan y San Jerónimo de la jurisdicción de Tarija y una renta de siete u ocho mil pesos anuales de un capital de cincuenta mil (Page, 2010, p. 24), sino

<sup>3</sup> Era encomendero de los pueblos de Cochino y Casabindo, donde sus doctrineros los asistían en educación y buen ejemplo en la fe católica, dándoles misiones todos los años. En esos pueblos construyó iglesias con costosos tabernáculos y ornamentos para las celebraciones. Su devoción hacia los jesuitas lo llevó a solventar los gastos que demandaba no solo el colegio de Tarija sino también las reducciones de chiriguano y chiquitos (AGI, Audiencia de Charcas, 328 y Pastells, 1923 (IV), p. 445). En 1685, el rey Carlos II le concedió el título de caballero y Felipe V, en 1708, el de marqués del Valle de Tojo, para sí y sus descendientes, en consideración a los servicios prestados y a la gran calidad de nobleza y sangre, iniciándose con él un importante linaje que se prolongó hasta la independencia. Ese mismo año de 1707 se casó en segundas nupcias con Josefa Gutiérrez de la Portilla, falleciendo en 1718. Su actitud frente a la defensa de los indios se resume en un significativo hecho, el de haberse negado a participar en la guerra contra los indios que comandó el gobernador Urizar de Arespachaga. Fue intimidado por la Audiencia, el gobernador y el Cabildo de Jujuy que no lograron quebrantar su obstinada actitud y que concluyeron con el embargo de su encomienda.

<sup>4</sup> Clemencia había contraído matrimonio con Campero en 1679 a los doce años por una alianza familiar que había promovido su albacea el vicario de Jujuy Pedro Ortiz de Zárate. Lo hizo para salvar la fortuna del padre de la niña, primo de Ortiz de Zárate, que estaba acechada por su esposa Ana María Mogolón y su nuevo marido Pedro de Santiesteban. De tal forma que las inmensas riquezas de Pablo Bernárdez de Ovando, compuesta de un conjunto significativo de propiedades que se extendían desde Tarija hasta Tucumán, como la estancia de Yaví, donde residía, y la encomienda más importante de la gobernación del Tucumán, pasó a quedar a disposición del flamante matrimonio (González, 1998, p. 265). Un retrato de la pareja se encuentra en el retablo principal de la iglesia de Cochino; lo preside Nuestra Señora de la Almudena y está atribuido al artista Mateo Pizarro y fechado en 1693. Clemencia murió en 1690 a los veintitrés años pasando sus bienes a su marido.

que continuó colaborando económicamente hasta su muerte, como lo hicieron también sus descendientes. La escritura la otorgó en Jujuy, donde se encontró con los seis jesuitas que habían partido de Córdoba rumbo a Tarija. Ellos eran los PP. Tomás Donvidas, Antonio Ibáñez, José Francisco de Arce, Juan Bautista Zea, Francisco Bazán y el H. Melchor Martínez. Luego de trescientas leguas de camino, que les tomó cinco meses, llegaron a Tarija acompañados por los donantes, el 4 de marzo de 1691.

Mientras tanto y durante cuatro años, se esperaron las licencias reales correspondientes, solicitadas por el Cabildo, el presidente de la Audiencia de Chuquisaca, el arzobispo de Charcas y el gobernador de Tucumán. Todos veían con esperanza que a partir de esta fundación se pudiera entrar a evangelizar el Chaco.

El grupo de religiosos nombrados por el provincial Gregorio Orozco, a instancias del general Tirso González, estaba encabezado por el mencionado P. Tomás Donvidas que había dejado su rectorado del Colegio Máximo para emprender esta misión, habiendo sido incluso provincial del Paraguay (1676-1677 y 1685-1689) y procurador a Europa (1679-1681). Aunque pronto fue requerido como visitador a Chile, quedando como superior el P. Arce<sup>5</sup>.

Especial descripción merece el caluroso recibimiento de la población de Tarija, que salió a recibirlos varios kilómetros antes, reuniéndose las órdenes religiosas, el cabildo secular y eclesiástico, además de los vecinos, al son del repique de campanas. Se hospedaron en la casa

---

<sup>5</sup> El P. Arce nació en Santa Cruz de la Palma en 1651. Ingresó a la Compañía de Jesús en el noviciado de Villagarcía de Valladolid en 1690, pasando a América en la expedición del P. Cristóbal Altamirano en 1674. Terminó sus estudios en Córdoba y tres años después el obispo Borja lo ordenó sacerdote. Pasó a las reducciones de guaraníes donde hizo sus últimos votos en San Ignacio Guazú en 1686. Los superiores lo enviaron luego a Tarija con el experimentado P. Donvidas a fundar el colegio. Murió asesinado por los payaguás en Pataguá en 1715, cuando contaba con sesenta y cinco años de edad, e intentaba descubrir una ruta que uniera las reducciones de chiquitos y guaraníes, que la conseguirá recién en 1766 el P. Sánchez Labrador (Storni, 1980, p. 19).

donada por Campero que la arreglaron convenientemente mientras ejercían sus ministerios. Allí funcionaría el colegio, cuya capilla, debidamente ornamentada, se habilitó para la fiesta de San Ignacio de ese año. También se abrió inmediatamente una escuela de primeras letras y luego un colegio de gramática. La base de este último era el latín, idioma en el que se estudiaban humanidades y ciencia (geografía, historia, matemáticas, filosofía y retórica), constituyéndose en la puerta de ingreso a la universidad donde estudiarían filosofía y teología. De allí que unos se llamasen colegios o estudios menores y universidad o colegios y estudios mayores. Había una preparación rigurosa y sumamente disciplinada, utilizándose textos pedagógicos comunes a todos los colegios en una enseñanza inspirada en la *ratio studiorum*.

En la Anua de 1714-1720 se comenta que se había adelantado la nueva construcción del establecimiento y que se pudo acabar con buena parte de lo proyectado, con donaciones del marqués de Tojo y otros vecinos (Page, 2010, p. 44). Una década después la Anua informa que el colegio contaba con siete sacerdotes y tres coadjutores a cargo del P. Felipe Suárez, que habían estado entre los chiriguano y había soportado en Tarija una epidemia de viruela en 1726. Habían recibido numerosas donaciones de los vecinos, con lo que se acabó de construir una nueva iglesia donde se sepultó al P. Miguel de Valdeolivos, al que se le sumó años después el ilustre Juan de Echar Navarro de Alación. Del templo se dice que *"llama mucho la atención por su estilo arquitectónico y su exquisita ornamentación"* (Page, 2010, p. 53). Los jesuitas ejercían todos los ministerios y hacían frecuentes salidas a sus misiones campestres a varias poblaciones vecinas como Cinti, Chichas, río Bermejo, Charapa, Rosillas, Patcaya, Tolomosa y sus alrededores hasta el pueblo de Lipes, con sus ricas minas de plata (Page, 2010, p. 57).

### **Las reducciones de chiriguano**

En el primer año de estadía de los jesuitas en Tarija, se designó como superior al P. José Francisco de Arce quien había trabajado en la reducción de San Ignacio Guazú desde 1682. El sacerdote santacruceño, luego de las Pascuas, recorrió las estancias próximas a Tarija con el P. Francisco Bazán y, posteriormente, se internó en las tierras de los chiriguano con el P. Miguel de Valdeolivos. Varios encuentros se

sucedieron, con la ayuda encomiable del maestro de campo don Diego Porcel de Pineda<sup>6</sup> y su hijo, a quienes se guarda en las Anuas especial consideración, pues ellos solventaron la expedición e incluso acompañaron a los jesuitas en gran parte del trayecto, ya que eran bien considerados por los indios. A su vez, los misioneros habían traído algunos guaraníes del Paraná con habilidades musicales, que también fueron de la partida y causaban asombro entre los chiriguanos.

Llegaron al río Guapay (o río Grande) y fueron bien recibidos por algunos indios y los caciques Yuracaré, Marata, Cambaripa, Carapu, Yaparó, entre otros, quienes aceptaron que los misioneros se quedaran, prometiéndoles que construirían una iglesia y casa para que allí residieran. No quisieron aceptar a los ignacianos los caciques Garnica y Perucho de la región del Bermejo, este último incluso les dijo que no vayan a su tierra porque las mujeres los iban a envenenar. Luego el P. Arce entró con su compañero el P. Valdeolivos y Porcel de Pineda al Valle de las Salinas, en cuyo paso encontraron un pequeño pueblo de mataguayos. Este paraje les pareció excepcional, de *"clima excelente, el agua abundante, y los pastos lozanos"*. En consecuencia, comenzaron a hacer sementera para sustento y socorro de la futura reducción, que se ubicaría en la ribera del río Guapay. Antes de partir, dejaron por sentado que en ese lugar quedaría fundada la reducción de Nuestra Señora de la Presentación, advocación que alude al día de su fundación, el 21 de noviembre de 1690.

Volvieron los jesuitas a Tarija y de allí organizaron una nueva visita a los chiriguanos. Esta vez acompañó al superior el P. Juan Bautista Zea, que regresaba de llevar informes a La Plata y, junto con él, se sumó un destacamento militar. Al llegar al Valle de las Salinas encontraron que los mataguayos les habían levantado una choza cubierta de paja. Continuaron al río Pilcomayo y después de enviar a los soldados de

<sup>6</sup> Fue hijo de Juan y Ana Haro, emparentados con el virrey marqués de Montesclaros. Diego era conocido como "Porcel el viejo", mientras que su hijo homónimo "Porcel el mozo". Fue miembro de la expedición fundadora de Tarija y de Bermejo, donde estableció su estancia, muriendo en ella en 1692.

vuelta a Tarija, llegaron al centro de los chiriguanos y avanzaron a los chané de la región del Parapetí. Pero allí debieron mediar con las rivalidades existentes entre los caciques Cambaripa y Yatebirí.

Los PP. Arce y Zea tomaron rumbo a Santa Cruz para darle las buenas nuevas al gobernador, pero don Agustín de Arce de la Concha les aconsejó que mejor fueran a la región de Chiquitos, que también estaban necesitados de sacerdotes, y que los de la provincia del Perú estaban ocupados con los Mojos. De tal manera que, comunicado el provincial, le escribió al general en Roma para que autorizara a la provincia del Paraguay tomar a su cargo la conversión de Chiquitos. Entrando en la ciudad cruceña, el P. Arce se dio cuenta de que el principal negocio que tenían los vecinos era el tráfico de esclavos indios, la mayor parte chiquitos, recogidos en malocas anuales y vendidos a cien patacones la pieza (Page, 2010, p. 35).

No por ello los jesuitas dejaron de seguir reconociendo las tierras de los chiriguanos, siendo al año siguiente cuando el superior Arce volvió con el H. Antonio de Rivas a la reducción de la Presentación, donde había dejado como misioneros a los PP. Juan Bautista de Zea y Diego Centeno. En esta visita el P. Arce encontró que en la reducción de la Presentación *"habían adelantado allí el entusiasmo religioso y los edificios materiales, con sus dos aposentos, con su capilla decentemente adornada, con los necesarios despachos y todo cercado; todo esto acabado en menos que un año por los dos misioneros de allí, los Padres Zea y Centeno"* (Page, 2010, p. 37). El superior los felicitó por su tarea y porque también pudieron bautizar a ciento setenta almas, aunque *"párvulos que en gran parte luego volaron al cielo"*.

A mediados de ese mismo año, fueron al Valle de Tariquea, entre Tarija y la flamante reducción, al sur del Pilcomayo, y por indicación del provincial fundaron el pueblo de San Ignacio, el 31 de julio de 1691, donde quedó el P. José Tolú<sup>7</sup>. Más tarde y de una expedición de jesuitas muy

<sup>7</sup> El P. Tolú o Coco nació en Posadas, Nuoro, Cerdeña, el 22 de noviembre de 1643. Ingresó al Instituto en Cerdeña en 1664, haciendo sus primeros votos dos años después y fue ordenado sacerdote en Sevilla en 1673. Llegó a Buenos Aires en 1674, obteniendo

esperada, llegó sólo el P. Felipe Suárez<sup>8</sup>, quien acompañó al P. Tolú en esa reducción.

Previamente a la fundación, hubo un gran parlamento convocado por el cacique Mbororá en el que asistieron todos los caciques de la comarca. Entrada la noche y en medio de un festín discurrieron sobre el aceptar reducirse, mientras la borrachera se extendió al amanecer, cuando fueron todos al río y luego, para solemnizar la reunión, se adornaron las cabezas con vistosos penachos de plumas y pintaron sus rostros. Después desayunaron, pero nunca abandonaron sus cánticos y danzas, siguiendo hasta el anochecer en que dieron a conocer su favorable parecer al P. Arce con tres condiciones. Una, que no los sacaran de ese Valle; otra, que los que quisieran tener muchas mujeres se les permitiera sin ser violentados; y, la tercera, que los hijos aún no sirvan en la iglesia. El P. Arce aceptó con el convencimiento de que al pasar el tiempo podría enderezarlos. Así fue que con gran fervor dieron inicio a la fábrica de la iglesia y casas, nombrando corregidor al cacique Cambichurí en un acto en Tarija que contó con la presencia del provincial Gregorio Orozco (Lozano, 1941, p. 278).

Pero los jesuitas sufrieron uno y mil desprecios, y a pesar de su persistencia fueron trasladados. Así pasó el P. Suárez a la reducción de Presentación y el P. Tolú al colegio de Tarija, hasta que luego de un tiempo lo trasladaron a Chiquitos, donde alcanzó a ser superior (1698-1702)<sup>9</sup>. Igualmente pasó tiempo después con el P. Suárez, designado

---

sus últimos votos en el pueblo guaraní de Encarnación en 1682. Fue superior de Chiquitos entre 1701 y 1703, falleciendo en el pueblo de San Rafael el 10 de mayo de 1717 (Storni, 1980, p. 66). Su obituario se encuentra en la Anua del periodo 1714-1720 y en una biografía en Machoni (1732b, pp. 346-380).

<sup>8</sup> El P. Suárez nació en Almagro, Ciudad Real, en España el 9 de junio de 1663, ingresando en la Compañía de Jesús de Toledo en 1678. Llegó a Buenos Aires el 3 de mayo de 1685 y tres años después el obispo Azcona Imberto le concede el sacerdocio. Sus últimos votos los obtuvo en Tarija en 1696, alcanzó a ser superior de Chiquitos entre 1710-1712. Murió en Tarija el 31 de agosto de 1727 (Storni, 1980, p. 279). Su necrológica se encuentra en la Anua de 1720-1730 (Page, 2011, p. 54).

<sup>9</sup> Page, 2007d.

superior de Chiquitos entre 1710-1712. Mientras tanto, enviaron a San Ignacio de Tariquea al P. José Pablo de Castañeda. Este madrileño fue nombrado superior de las reducciones de chiquitos y chiriguano, siendo sucedido en San Ignacio por el P. Miguel de Yegros, y fue quien en 1695 retiró a los misioneros del Valle de las Salinas (Lozano, 1941, p. 283).

El marqués del Valle de Tojo, don Juan José Campero, contribuyó económicamente con estas reducciones de chiriguano, con “muchas cosas necesarias para el adorno de los templos y ornamentos, vasos sagrados, y lo mismo para la fundación de los pueblos y edificación y adorno de sus iglesias”. Así lo declaró el P. Jiménez, siendo procurador en Europa en 1716 (Pastells y Mateos, 1946 (VI), p. 104).

Resueltas estas alternativas, los PP. Arce y Centeno volvieron a Santa Cruz pero encontraron que el nuevo gobernador tenía menor predisposición para esa empresa de chiquitos y nula para avanzar con la evangelización de chiriguano. No obstante, y a su retorno a Tarija, el P. Arce le entregó dos cartas del gobernador al P. Orozco, que se encontraba de visita en el colegio; una para el mismo Orozco y otra para el P. General, Tirso González, en las que pedía el envío de misioneros a los chiquitanos. Sin esperar respuesta de Roma, el P. Orozco dio su conformidad, contando con algunos de los cuarenta y cuatro jesuitas recién llegados a Buenos Aires, y envió al P. Arce a Asunción a traer los refuerzos esperados<sup>10</sup>.

El P. Arce partió de Tarija en diciembre de 1691 y llegó a la zona de los piñocas donde había una epidemia de viruela. No dudó un instante en erigir una gran cruz y dar por fundada, el último día de 1691, la reducción de San Francisco Javier, la primera de la región chiquitana (Pastells, 1924 (IV), pp. 448-450). Al saber lo ocurrido, el provincial del Perú, Francisco Javier Grijalva, escribió el 24 de octubre de 1692 al nuevo

---

<sup>10</sup> Fueron ellos los PP. Constantino Díaz, Juan María Pompei, Diego Claret, Juan Bautista Neumann, Felipe Suárez y Enrique Cordule, teniendo como superior al P. Pedro de Lasamburu. Llegaban para distribuirse entre los chiquitos y chiriguano (Page, 2011, p. 36).

provincial del Paraguay, Lauro Núñez, haciéndole ver que el territorio de los chiquitanos se encontraba dentro de la jurisdicción de la provincia del Perú. El P. Núñez le respondió el 2 de abril de 1693 manifestándole que los jesuitas de la provincia del Paraguay habían iniciado esa misión contando con una autorización del P. General, fechada el 27 de octubre de 1691.

Con las buenas perspectivas que se obtuvieron entre los chiquitanos, el P. Zea<sup>11</sup>, que estaba en el Guapay, fue nombrado superior de ambas misiones, sucediendo al P. Arce. De las reducciones de chiriguanos dice la Anua que se había formado *“una población en regla, donde sus habitantes dos veces a la semana se juntaban para aprender la Doctrina”*. Aunque agrega luego: *“El nuevo superior mantuvo con tenacidad a estas dos reducciones de indios chiriguanos, aunque amenazaban ruina, ya dos años después de su fundación, a consecuencia de las persecuciones y del hambre”*(Page, 2010, p. 39).

Fue entonces que el P. Núñez decidió formar una estancia para los chiriguanos. Precisamente, el P. Zea recibió instrucciones del provincial en 1693 que le expresaban guardar subordinación al rector del colegio de Tarija, P. Diego Ruiz; pero que a su vez sólo podía inmiscuirse en el gobierno de la misión por cuestiones urgentes y graves. Avanza entonces con el tema de la estancia, manifestando que la misión contaría con una en el Valle de las Salinas, que si bien era propiedad del colegio, el usufructo sería para la misión y el P. Zea podría hacer uso de su beneficio, acudiendo en invierno, porque las aguas de los ríos están bajas, para proveerles a la reducción de *“carne, maíz, pan o biscocho y lo demás*

<sup>11</sup> El P. Zea o Cea nació Guaza de Campos, Palencia, en 1654. Ingresó a la provincia de Castilla en 1671, estudiando en Valladolid y Salamanca. Fue ordenado sacerdote por el obispo Domonte en 1680. Llegó a Buenos Aires en 1681 en la expedición del procurador Cristóbal de Grijalva y Tomás Donvidas. Cumplió funciones en los colegios de Córdoba y La Rioja, siendo designado para fundar el colegio de Tarija junto con otros cinco jesuitas. Sucedió al P. Arce como superior de Chiquitos (1693-1655 y 1713-1714). Posteriormente, fue designado superior de las misiones del Uruguay (1699-1701), y luego de cumplir funciones en los colegios de Córdoba y Corrientes, alcanzó a ser provincial (1717-1719); 1719 es el año que muere en el colegio de Córdoba (Storni, 1980, p. 313).

*necesario”*, y que les dure más de seis meses. La estancia se sustentaría con mil pesos que dejó en tercios el provincial en el Oficio de Potosí, que administraba el procurador del colegio de Tarija, quien a su vez le proveía de ropa para los indios. Prometió que a fin de año o principios del siguiente enviaría unas dos mil cabezas de ganado y que, junto con esa estancia, se haría otra para beneficio del colegio, aunque con un solo administrador. El sitio escogido era llamado Valle de Romero, del que el P. Núñez tenía información de que era reclamado como vieja merced, por eso ordenó al P. Zea que urgentemente estableciera un rancho, con algún ganado para tomar *“posesión natural, que conviene a la civil que se ha tomado”*. En las instrucciones, además, señala otros aspectos como su deber de superior de visitar anualmente las reducciones, acompañado de un misionero que le envíen del colegio. Así mismo alude al problema con la provincia del Perú, ordenando al P. Zea que nadie viaje a la ciudad de Santa Cruz ni entre a la residencia de los jesuitas. Pero también prohíbe que nadie abandone su reducción ni funde otra, para que no quede solo, sin dar aviso al provincial<sup>12</sup>.

A pesar de la tenacidad del P. Arce y como se expresa en las Anuas, estas dos reducciones tenían comprometida su existencia. Para males debió viajar a Chiquitos y se encontró con los avances lusitanos. Ante esta contrariedad, fue a Santa Cruz en busca de ayuda. Transcurría 1696, y se sucedieron varias escaramuzas entre españoles y portugueses.

En la necrológica de quien fuera rector del colegio de Tarija, se cuenta cómo ordenaron los superiores al P. Felipe Suárez retirarse de allí, para ir donde podía ocuparse con mejor resultado, y era la reducción de la Presentación, cuya administración espiritual tomó a su cargo, siendo su compañero el futuro mártir, el P. Lucas Cavallero. Pero en aquella guerra con los portugueses, los chiriguanos les echaron en cara a los jesuitas que los habían juntado en pueblo para entregarlos a ellos. Tanto fue creciendo esta opinión, que los indios asaltaron y quemaron la casa de los misioneros y la iglesia, en 1696. Los jesuitas lograron escapar de la

<sup>12</sup> ARSI, Paraq. 12 f. 180-182. *Instrucción del P. provincial Lauro Núñez, para el P. superior de la misión de los chiriguanos Juan Bautista Zea, Tarija, 12 de julio de 1693.*

furia, partiendo a refugiarse en la reducción de San Francisco Javier de Chiquitos (Page, 2010, p. 52). De tal forma, que las dos reducciones quedaron abandonadas, una en 1696 y otra al año siguiente; aunque algunos jesuitas perseveraron en misiones volantes por la región del Valle de las Salinas. El P. Lucas sólo estuvo, entonces, dos años en el Guapay logrando –como dice el P. Fernández– *“más frutos de paciencia, hambre, sed, befas y escarnios de los infieles que almas para Cristo”*. De allí pasó a la reducción de San Francisco Javier de Chiquitos (Fernández, 2004, p. 135).

Transcurrieron varios años y se entra al siglo siguiente con no mucho aliento. En 1713, el P. Francisco Guevara, que se encontraba de rector del colegio de Tarija dialogó en varias oportunidades con el cacique Miringá, jefe de uno de los tres pueblos que había en el Valle de Tariquea. Convenció al cacique de trasladarse allá para conversar con los otros dos. Obtuvo resultados negativos, ya que por más que Miringá consintiera la vida en cristianismo, no estuvieron de acuerdo el resto de los caciques. Aunque si lo estuvo su hermano Capitamirí y coincidieron en levantar una reducción en un lugar a determinar. Volvió el P. Guevara al colegio e informó a las autoridades y al marqués del Valle de Tojo que, como siempre, estaba muy interesado en que los indios se redujeran. Así fue que solemnemente volvió el P. Guevara al valle con una imagen de la Purísima Concepción que le donó el marqués, con el nombre de Nuestra Señora de los Chiriguanos. Entraron con la Virgen en andas *“por todo el camino erigidos arcos triunfales en número de más de cincuenta para recibir a la emperatriz de ambas orbes, a quien se iban cantando su santísimo rosario, y letanías lauretanas con tanta devoción”*. Llegaron a una improvisada capilla donde se habían sumado algunos chiquitos y se continuó la jornada con una alegre fiesta. A los pocos días, el jesuita levantó una cruz en la plaza del pueblo de Capitamirí, donde se fueron sumando otros infieles. Al mes siguiente, el P. Guevara volvió a Tarija con varios indios a fin de solicitar sacerdotes estables. El principal motivo de esta predisposición de parte de los indios fue que había otros grupos que los amenazaban de hacerles guerra, amén de las maloquedas hispanas que los esclavizaban. En definitiva, lo que querían era la protección de los jesuitas. A fin de año, llegó el provincial Luis de la Roca y en su visita al colegio de Tarija encontró a los indios inconstantes y, en consecuencia, difirió el pedido para más adelante.

Volvió el provincial en 1715 y se repitieron los pedidos de misioneros. Pero esta vez el P. Roca respondió afirmativamente, enviando al P. Pablo Restivo, que por ese tiempo era rector del colegio de Salta, y al P. Guevara. Llegaron el 30 de agosto al sitio, por eso consagraron la reducción a Santa Rosa de Lima, con la advocación de Santa María de la Inmaculada Concepción. Hicieron sus sementeras y *“se comidieron a cortar madera para fabricar la iglesia y casa de los Padres”*. Después de un tiempo, reemplazó al P. Restivo el P. Sebastián de Yegros, en tanto se habían conseguido buenos resultados y la reducción “se dividió en dos pueblecitos”. En el uno moraban solamente las familias cristianas y en el otro los catecúmenos; es decir, aquellos que aún no se habían iniciado en los sagrados ministerios. El P. Lozano explica que esta división fue para conservar mejor a las familias cristianas y separarlas de los que eran muy reacios a la catequización. En el primer pueblo, se repartieron funciones administrativas para llevar mejor adelante el nuevo modo de vida, para lo cual se nombraron corregidor, teniente, alcaldes y alguaciles. Fue tiempo en que llegó el jesuita asunceño Rafael Jiménez en lugar del P. Guevara, en 1726. Los avances continuaron y se abrió una escuela de primeras letras y canto para los niños, mientras se renovaban y mejoraban las construcciones (Lozano, 1941, pp. 287-293 y Page, 2010, p. 63).

### **La rebelión de 1727 y el último intento reduccional**

En las primeras décadas del siglo XVIII no sólo había jesuitas en la región, sino también franciscanos y agustinos, con su reducción de Santa Clara; en tanto los dominicos regentaban tres reducciones de chiriguanos de Chiquiacá, las llamadas Nuestra Señora del Rosario, San Miguel y Santa Rosa. Dentro de ellas había elementos contrarios, en constante y continua provocación para un levantamiento; incluso estos mismos rebeldes incitaron a los chiriguanos reducidos por los jesuitas en Tariquea, y se verán todos envueltas en una gran rebelión.

Este alzamiento chiriguano comenzó en 1727, encabezado por el cacique Juan Bautista Aruma, ex neófito de los dominicos de Chiquiacá, quien argumentó el desplazamiento del ideario chiriguano del mito de la Tierra sin Mal por el del Tiempo sin Mal, es decir, representando al mal con el blanco (Saignes, 2007). La rebelión duró varios años, participando

diversas comunidades del sur del Pilcomayo, como las de Chimeo, Caiza e Itaú, que sumaron unos catorce mil guerreros.

Aún antes del levantamiento, y enterados de su posible desenlace los PP. Yegros y Jiménez viajaron a Tarija a entrevistarse con el capitán Isidro Ortiz para que fuera a pacificar a los rebeldes de Tariquea. La noticia causó revuelo en la ciudad, que incluso fue exagerada, admitiendo falsamente que ya se habían rebelado los chiriguano. Ortiz llevó el tema al Cabildo y designaron para la marcha al capitán Juan de Acosta, con treinta soldados. Lo cierto es que los indios de Tariquea estaban en paz, pero al ver el despliegue militar se sobresaltaron y empuñaron las armas. Se lograron calmar los ánimos y sólo se buscaron a los ocho sediciosos identificados en esa reducción. Fueron condenados al destierro de la misma, trasladándolos a la reducción de los agustinos de Santa Clara. Pero pasados unos días llegaron indios de Chiquiacá dispuestos a matar a los jesuitas, encontrándose sólo el P. Yegros, pues el P. Jiménez había viajado a Tarija por encontrarse enfermo. El P. Yegros partió a Santa Clara y salvó su vida. Mientras tanto, la reducción fue tomada por Aruma y el mismo corregidor Mendieta, aliado a sus intenciones, quienes ordenaron que se fueran los indios del pueblo bajo amenaza de muerte. Los rebeldes sumaron a algunos aliados y siguieron por el Valle de las Salinas, haciendo estragos entre los españoles y conduciéndose a Santa Clara, donde sus habitantes repelieron el sitio en el que los mantuvieron por cinco días. También fueron contra las reducciones de los dominicos y las destruyeron, quemando sus iglesias y matando a los frailes Miguel Pantigoso, Juan de Avila y Nicolás González, además de españoles e indios (Lozano, 1941, p. 301).

Regresó el P. Yegros de Santa Clara y encontró su reducción abandonada, esperó unos veinte días y al ver que los indios no regresaban, cargó la imagen de la Virgen y cuanto pudo para irse. Llegó a Santa Clara donde encontró a dos dominicos refugiados. A los pocos días vino el P. Jiménez, quien al enterarse de los acontecimientos y enfermo como estaba, fue en busca del P. Sebastián. Finalmente, reunidos en la reducción de los agustinos, todos los religiosos partieron a Tarija, junto con los chiriguano fieles, por temor a un nuevo e inminente ataque. Al llegar, el Cabildo tomó nota de que el levantamiento era cierto

y envió trescientos soldados a sofocarlo, pero volvieron derrotados sin haberse enfrentado.

Las consecuencias de la rebelión fueron nefastas, ya que dejaron a Concepción destruida, al igual que las reducciones dominicas<sup>13</sup>.

El virrey José de Armendáriz y Perurena, marqués de Castelfuerte, comunicó lo acontecido al presidente de la Audiencia de Charcas, Francisco de Herboso, quien dio órdenes de atacar a los chiriguano desde Tomina, Tarija y Santa Cruz, como se hizo en los años de 1728 y 1729. A requerimiento del gobernador de Santa Cruz, Francisco Antonio de Argomosa y Zeballos, el presidente de la Audiencia ordenó al superior de las misiones de Chiquitos, P. Jaime de Aguilar, poner a su disposición doscientos cuarenta chiquitanos. En la expedición punitiva de 1728 fueron con los chiquitanos el propio P. Aguilar y el P. Francisco Lardín, y en la de 1729 los PP. Ignacio de la Mata y Bartolomé de Mora. Este último escribió una relación sobre la campaña<sup>14</sup>.

El gobernador de Santa Cruz dio muerte a incontables enemigos, trayendo prisioneros a mil chiriguano de ambos sexos; Mientras tanto, Hervoso perpetraba otra matanza, hizo colgar varios cadáveres en los árboles (Lozano, 1941, p. 306). En el frente español luchaban chiquitos y chiriguano amigos, por lo que fue una verdadera masacre entre las etnias de la región. Una de las mayores escaramuzas fue la de Guacayá donde los chiriguano tenían una trinchera que no pudieron defender ante el feroz ataque de los chiquitos, que se llevaron numerosas vidas. Tal lo refiere el P. Mora quien, como sus compañeros, era sumamente pesimista en poder asentar reducciones entre los chiriguano.

La insistencia del Cabildo de Tarija ante el Virrey y el presidente de la Audiencia de Charcas, de aprovechar la coyuntura para traer misioneros

<sup>13</sup> En 1715 los dominicos fundaron en Chiquiaca las reducciones de Nuestra Señora del Rosario, Santa Rosa y San Miguel (Pifarré, 1989, p. 172).

<sup>14</sup> Bartolomé de la Mora, S.J. "Relación y breve noticia de lo sucedido en la guerra de chiriguano que se ha hecho este año de 1729" (Posnansky, 1931, pp. 101-132).

jesuitas a los chiriguano, obligó a que las autoridades se lo solicitaran formalmente en 1731 al provincial Jerónimo de Herrán. Luego de agradecer la deferencia, trató de dar cumplimiento y satisfacción al encargo, aunque a sabiendas de la poca esperanza que tendría el intento. No obstante, causó buena impresión en la comunidad jesuítica y muchos fueron los candidatos que se ofrecieron para la arriesgada empresa; de tal forma que en plena revuelta chiriguana fueron lanzados al fuego de la guerra un grupo de jesuitas encabezados por el paraguayo Rafael Jiménez, seguido de los PP. Julián de Lizardi, Ignacio Chomé y José Pons; todos grandes conocedores del idioma guaraní. El P. Jiménez ya estaba en Tarija, donde era procurador y había estado entre los chiriguano, mientras que los otros se encontraban en las reducciones del Paraná. Partieron rumbo a su nuevo destino en junio de 1732, llegando en noviembre a Tarija en compañía del provincial Herrán.

Precisamente, el P. Chomé escribió varias cartas dirigidas al P. Vanthiennen, en una de las cuales, firmada el 3 de octubre de 1735, dejó una interesante relación sobre su entrada a chiriguano que, como dice Combès, es el primer documento que ofrece una visión geopolítica de conjunto de las comunidades del sur del Pilcomayo, que recorrió con los PP. Pons y Lizardi (Combès, 2007, p. 272).

Expresa que los chiriguano: *“Son unos pueblos intratables, de feroz natural, y de tal obstinación en su infidelidad, que jamás pudieron vencerla los mas fervorosos misioneros”*. Continúa luego admitiendo que son más de veinte mil personas distribuidas entre cincuenta leguas al este de Tarija y más de cien al norte.

Cuando llegaron aún no estaba concluida la paz y partieron los tres, junto con seis indios. Arribaron primero a Itau, que es la primera población de indios, distante como sesenta leguas de Tarija, y de allí al Valle de las Salinas. El P. Lizardi se quedó en ese lugar, mientras los PP. Pons y Chomé siguieron al Valle de Chiquiaca, donde *“vimos las tristes ruinas de la misión destruida por los infieles”*. El P. Pons se adelantó, en tanto que el P. Chomé misionaba infructuosamente entre los indios del lugar hasta que fue a buscarlos el P. Lizardi. Volvieron a Tarija y el P. Chomé fue destinado a misionar al Valle del Cinti, donde instruyó a cuatro mil neófitos.

La paz con los chiriguano aún no estaba concertada y se intentó hacer por julio de 1733. Para el efecto se formó un destacamento de ciento cuarenta soldados que partieron al Valle de las Salinas para encontrarse con los principales caciques. Los acompañó el P. Pons pero, luego de una prolongada espera, los caciques no asistieron. Llegó al Valle el P. Chomé con ciento sesenta indios convertidos y, decididamente, el P. Pons fue a buscar a los caciques, acompañado con un sólo indio mestizo. Arribó al pueblo de Itau, ubicado a cuatro días de distancia, donde conferenció con su cacique que se disculpó de su inasistencia con excusas fútiles, prometiendo entrevistarse con los españoles. El P. Pons avanzó hacia otros pueblos como el de Parapití, logrando resultados positivos, volviendo luego a Tarija a profesar su cuarto voto, por el mes de noviembre.

En lugar del P. Pons fue al Valle el P. Lizardi. Se encontraron en Itau, de donde este último emprendió viaje por el río Parapití. Mientras tanto, el P. Chomé fue hacia Caaruruti y de allí a Caraparí y luego a Caisa, que es el sitio más poblado de la región, por eso pensaba establecerse en ese lugar. Fue bien recibido y los indios lo ayudaron a construir una choza, y mientras tanto lo ubicaron en el centro de la plaza, donde tenía un techo de paja para dormir. El P. Chomé sospechó que los indios lo querían matar y sin que terminara de construir su choza puso una excusa, montó en su mula y se fue del pueblo. Llegó al Valle de las Salinas y encontró al P. Lizardi que nada había podido hacer con las poblaciones del río Parapití. Volvió el P. Pons, mientras el P. Chomé regresó a Caisa y vio que su choza estaba aún sin concluir por lo que se fue a Caraparí. Estando allí con el P. Lizardi, llegó el P. Pons de Tareiri semidesnudo. Fue entonces que los tres partieron a Caisa y durmieron en el techo que tenían en la plaza, mientras los indios se habían ido a una fiesta en Caaruruti. Esta situación fue aprovechada por algunos pocos que quedaron en Caira dispuestos a matar a los jesuitas, pero fueron protegidos por el cacique. Con esta actitud, desistieron de cualquier intento de quedarse allí y partieron al Valle de las Salinas *“donde hay una población de indios convertidos, y una iglesia con el Título de la Inmaculada Concepción”*. Se quedaron allí todo el tiempo de las lluvias y el P. Chomé aprovechó para ir a Itau, ubicada a un cuarto de legua de donde estaban. Llegó a la plaza y le pidió al cacique autorización para avanzar a los pueblos de Chimeo, Zapatera y Caaruruti, pero no lo dejó

(Davin, 1756, p. 184). El pueblo de Concepción creció y los jesuitas decidieron dividirlo en dos, con lo que quedó fundada la reducción de Nuestra Señora del Rosario. Los jesuitas intensificaron sus labores en el catecismo y recorrieron los alrededores en busca de la conquista de nuevas almas (Page, 2010, p. 62).

De este modo, quedaron asentadas la reducción de Concepción, levantada con los restos de la antigua reducción de Tariquea, destruida por los infieles, y la de la Virgen del Rosario, formada con gente del Valle de las Salinas. La primera, ubicada en la parte exterior del Valle, con el cacique don Pablo Pariaze y la segunda, en la parte inferior del Valle, bajo el cacicazgo de don Francisco Javier Cargaria quien los españoles habían galardonado con el título de capitán. La administración de Concepción quedó a cargo de los PP. Jiménez y Lizardi y la del Rosario los PP. Pons y Chomé. Los pueblos del Valle del Ingre se conjuraron contra las reducciones y fue ocasión en la que el P. Lizardi fue a visitarles para ver qué tramaban y tranquilizarlos. Fue entonces que partió a la aldea de Chimeo y avanzó al Pilcomayo, encontrando todo tranquilo. El P. Lizardi regresó y hasta convenció a algunos indios que se cruzaran para que fueran a vivir a Concepción. Poco después, el P. Jiménez fue requerido en la provincia y quedó solo el P. Lizardi. A pesar de ser advertido, en la mañana del 16 de mayo de 1735, mientras oficiaba misa, llegaron los infieles de las siete aldeas del Valle del Ingre y atacaron la reducción.

Saquearon el rancho del jesuita y la iglesia con sus ornamentos, y destrozaron además la estatua de la Santísima Virgen y la de la Inmaculada o Virgen de Tariquea, que arrastraron hacia la plaza. Saeteada, decapitada y cortadas sus manos, arrojaron el cuerpo al campo y terminaron con el incendio de todo el pueblo. Ataron y desnudaron al P. Julián y lo llevaron con varios cautivos a las afueras, donde luego de sentado en una piedra fue flechado por treinta y dos saetas. Moría a los treinta y ocho años el P. Lizardi<sup>15</sup>. Junto con él sabemos de la muerte

<sup>15</sup> Entre las varias biografías cabe destacar la de Lozano, 1741, publicada nuevamente por Vaughan, 1901, (otra edición con título similar en Tolosa, 1902) que contiene además los pormenores enunciados en su título.

del sacristán Buenaventura, de un español que ayudaba al sacerdote de la india Isabel que trajo a veinte personas a defender al P. y que fueron llevados como esclavos a sus pueblos. Los indios se encaminaron con las mismas destructivas intenciones hacia la reducción del Rosario, ubicada cerca de Tarija y a otra también de los jesuitas, pero de los del Perú, llamada San Jerónimo, que estaba camino a Santa Cruz. No alcanzaron la primera, pero la segunda fue destruida, salvando la vida sus misioneros. Los sobrevivientes de la arrasada Concepción se trasladaron a la reducción del Rosario a cinco leguas de Tarija (Page, 2010, p. 96).

En el avance de los chiriguano hacia la reducción de San Jerónimo, el gobernador creyó que su meta era Santa Cruz. Efectivamente, llegaron hasta cinco leguas antes de la ciudad cuando, aterrorizado el mandatario, pidió a los jesuitas que se armara un ejército de chiquitanos. Las huestes llegaron en defensa de la ciudad española el 4 de julio de 1735 y, luego de un mes de vigilia, se decidió ir al encuentro de los chiriguano para vencerlos definitivamente. Y así se hizo en medio de verdaderos hechos heroicos. Algunos años después, los agruparon en Tariquea y Maringa, mientras que los mataguayos, que era imposible juntarlos con los chiriguano, fundaron un pueblo en las Salinas, donde se levantó una capilla.

Un año después de la muerte del P. Lizardi, el provincial se reunió con sus consultores y con el superior de chiriguano, P. Pons, para tratar sobre un posible traslado. Efectivamente, en la oportunidad se votó que debían dejar el valle de Santa Ana por ser muy seco y difícil para el cultivo. Por tanto, sugirieron que se mudaran al paraje Los Toldos con *"montes para rosas, pescado, y mucho chapí y también cera y miel, y cerca los Cuyambuyos que se pueden convertir"*; aunque por los inconvenientes que vieron algunos consultores, el provincial le encomendó al P. Pons que viera el paraje y tomara una decisión<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> Archivo General de la Nación Argentina (AGN), BN, Leg. 60, *Libro de Consultas 1731-1747*, f. 54v.

El provincial Nusdorffer le informó al rey, por agosto de 1745, que en la reducción de Nuestra Señora del Rosario, fundada en 1733, estaba el P. Agustín Castañares<sup>17</sup> quien había sido superior de Chiquitos (1738-1739) y en el año anterior había aumentado el pueblo con cincuenta chiriguano y veinticinco mataguayos. Se pensó que estos últimos querían reducirse aparte y por eso se lo había enviado. Fue bien recibido y comenzó a construir una iglesia y choza, pero los indios le dieron muerte el 14 de setiembre, luego de estar entre ellos tan sólo ocho meses (Pastells y Mateos, 1948 (VII), p. 606).

Despachados los PP. Jiménez y Chomé a Chiquitos, al P. Pons lo asistió el jesuita tucumano Juan Nicolás Araoz, continuando el trabajo en el Valle de las Salinas. El P. Pons pudo quedarse por haberse adaptado a la mentalidad chiriguana. Después de acompañar durante varios años a los grupos errantes, en 1750 estableció una pequeña misión, que también se llamó Rosario, con cincuenta chiriguano y veinticinco maticos. Dejando de lado los métodos tradicionales, Pons no estableció distribución alguna, permitiendo a los indios rezar o no rezar, cazar, pescar o descansar a su aire. A pesar de la tradicional hostilidad entre estas etnias, el pueblo no sólo no se disolvió sino que continuó creciendo.

La reducción del Rosario siguió con los PP. Pons y Araoz; en una extensa relación del P. Manuel Querini los describe detalladamente. El informe firmado en 1750 y dirigido al gobernador de Buenos Aires, se divide entre los obispos del Paraguay, Buenos Aires, Santa Cruz de la Sierra y Tucumán. Ubica cada una de las reducciones, las familias con que contaba y sus respectivos curas y compañeros. Escribe de los indios del Rosario que: *“son parecidos todavía al resto de su nación, que es muy pertinaz en sus errores, altiva, indócil, sin sujeción a los ministros*

<sup>17</sup> El P. Castañares nació en Salta el 25 de setiembre de 1687, ingresando al Instituto en 1704. Hizo sus primeros votos en San José de Chiquitos en 1722, donde alcanzó a ser superior en 1739. Fue martirizado y muerto en el Chaco el 15 de setiembre de 1744 (Storni, 1980, p. 57). Hijo del vasco Martín Castañares y de la jujeña Gabriela Martínez Iriarte, casados en Salta en 1685, que tuvieron ocho hijos. El santafesino Juan de Montenegro escribió su autobiografía en 1746.

*evangélicos, interesados sobremanera, padeciendo sobre esto mucho entre ellos la pobreza de nuestros ministerios, que si no tienen con qué pagarles de contado se quedarán sin sustento; porque ni les servirán de balde para lo muy preciso, ni les harán por caridad el menor obsequio”*(Pastells y Mateos, 1948 (VII), p. 789).

Esta reducción se trasladó en varias ocasiones, habiéndose asentado en el paraje de Santa Ana, en las Orosas, en el Bermejo y en Tariquea, en el sitio de Maringa, pero también de allí se fueron y terminaron en las Salinas, donde levantaron una “capilla decente y de capaz” y un rancho para los sacerdotes. De tal forma que se juntaron mataguayos junto a chiriguano, aunque los primeros pedían se fundara un pueblo para ellos, donde estuvieran solos en el valle de Chiquiaca. Y como había grandes diferencias entre ambos, se concedió lo solicitado en 1761.

Al dejar semiabandonadas las reducciones, los franciscanos le disputaron a los jesuitas la atención espiritual en 1755, intentando tomar posesión de dos pueblos de chiriguano en Tariquea y Garrapatas. El caso debidamente descrito fue a la Real Audiencia de Chuquisaca, que dirimió el litigio e hizo demarcar las zonas en que podía actuar cada Orden.

Al P. Pons acompañó tiempo después el P. Juan Díaz y ambos estuvieron juntos por varios años, hasta que en 1761 muere el primero. Inmediatamente después, se agregaron los PP. Ramón Salat y José Fischer. Así lo informó una Anua parcial de ese año, agregando que la misión de chiriguano del Valle de las Salinas, a la que se habían agregado matico-mataguayos, *“este año se mejoró de algún modo y dio más esperanzas de fruto para en adelante”*<sup>18</sup>.

Tres años antes de morir, el P. Muriel llegó a conocer al P. Pons y recordar aquel contacto el P. Miranda, comparándolo con el que tuvieron el ermitaño San Pablo y San Antonio Abad (Miranda, 1916, p. 255). Quien fuera provincial en el exilio, era entonces visitador del Paraguay y tenía particular interés en conocerlo por su “fama común de su santidad y

<sup>18</sup> AGN-BN, doc. 6336.

fatigas apostólicas por espacio de cuarenta y cuatro años”. Sobresalía entre todos los insignes misioneros del Chaco; partiendo de Jujuy, se encaminó por treinta leguas para dar con el misionero. A su regreso expresó en Buenos Aires que si Dios no le diera otro premio por los padecimientos en aquella visita “se daría por sobreabundantemente pagado con el consuelo que había tenido de ver a aquel apóstol”<sup>19</sup>.

Los sucesores del P. Pons siguieron fielmente sus métodos. En 1767, Nuestra Señora del Rosario estaba regentada por los PP. Ramón Salat y Simón Hernáez, contando con doscientos sesenta y ocho chiriguano y cincuenta y seis maticos. Después de la expulsión de los jesuitas, sus sucesores franciscanos se encontraron con una misión original, muy distinta a las establecidas entre los chiquitanos por los mismos jesuitas, con gente semidesnuda, muy dada a los bailes, casi ignorante de la doctrina cristiana, sin disciplina y muy poco dispuesta a obedecer.

### **La utopía de la florida cristiandad**

Desde la segunda mitad del siglo XVI y durante toda la centuria siguiente, la conquista del Chaco fue una sumatoria de malogrados intentos para los españoles. Hasta, incluso, los tímidos avances de los portugueses en sus incursiones por el oriente boliviano resultaron siendo repelidos. Las tácticas militares europeas sucumbieron ante una abrumadora defensa del territorio ocupado por varias etnias y verdaderos escudos que conformaban, en rasgos generales, los chiriguano al occidente y los guaycurúes en el límite oriental del Paraná-Paraguay.

Por parte de los españoles no hubo una estrategia clara de ocupación, porque se tomaban decisiones defensivas u ofensivas, de acuerdo a las circunstancias de las relaciones con el indio. Les tentaba avanzar en búsqueda de riquezas por sobre la ocupación formal del suelo, pero sabían que debían hacer esto primero, aunque aún antes debían lograr estar en paz o tener dominados a los indios.

<sup>19</sup> El P. Muriel escribió una biografía del P. Pons luego de su muerte, “en tomo en cuarta” señaló el P. Miranda, pero intentó y no pudo imprimirlo en Madrid, aunque después publicó un resumen en la traducción de Charlevoix (Miranda, 1916, p. 254).

Los españoles siempre, y luego de feroces destrucciones, buscaban la paz que les permitiera introducir misioneros, en una clara actitud de cambiar la táctica de ocupación; pues el cristianismo podía ser el arma para la convivencia de europeos con los americanos, y de esta manera poder extraer libremente las riquezas naturales.

En ese contexto, los intentos reduccionales tuvieron particularidades que fueron propias de la región chaqueña, con más o menos los mismos denominadores comunes.

Los avances hispanos tuvieron dos frentes, el oriental y el occidental. Al ser un enclave temprano, la ciudad de Asunción fue el centro de operaciones para traspasar el Paraná e internarse en el Chaco. Pero sólo se llegó a los guaycurúes que vivían en las inmediaciones, y se fundó una de las primeras reducciones jesuíticas de la provincia del Paraguay con algunos grupos de esa etnia.

No obstante, se tuvo acceso a otros grupos indígenas por el frente occidental, donde, por el contrario, tuvo una sucesión de enclaves urbanos levantados sobre el camino que unía el Río de la Plata con el Perú, con accesos puntuales al Chaco desde esas ciudades.

Sin embargo, los habitantes originarios veían la fundación de ciudades hispanas como peligrosa en tanto y en cuanto cada una de ellas sometía a los habitantes del lugar para sus encomiendas, siendo enclaves para las sucesivas malocas que se hacían al interior de la comarca. No es difícil entender la reacción de los indios en la destrucción total de gran parte de las ciudades hispanas fundadas en sus tierras.

De tal forma, que esta estrategia geopolítica preparaba puertas de ingreso a las naciones chaqueñas, conformadas por una diversidad étnica sin igual en América, que iba de los agricultores a los férreos guerreros. Si bien los últimos dominaban a los otros, como hicieron los chiriguano con los chanés o los guaycurúes con los mataguayos, conformaban una unidad social que se plantó firmemente en la defensa de su territorio. Se los caracterizó despectivamente como nómadas, incluso a los mismos agricultores, pero esto se convertirá en una cualidad que bien explotaron a la hora de defenderse y replegarse, cuando era necesario.

Así fue que la conquista quedó postergada en el periodo que corre por todo el siglo XVII, dejando un saldo de ciudades desbastadas, españoles cautivos y muertos, religiosos mártires y miles de aborígenes muertos o esclavizados.

La evangelización del Chaco fue motivo de un debate permanente, prevaleciendo en la opinión de la mayoría de las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, que antes de la evangelización había que derrotar a los indios por las armas.

En el caso de los chiriguano, su hostilidad radica en que ya para 1561 había en Santa Cruz dieciséis mil personas encomendadas, por lo que es fácil de comprender el clima de hostilidad que esta situación creaba. Al avanzar ocupacionalmente los españoles sobre el sur boliviano, los resultados no fueron más que los esperados: rechazo a la ocupación, seguido de expediciones punitivas en contra de los indios que concluyeron con la Real Cédula de 1584, que permitió a los españoles esclavizar a los chiriguano vencidos en guerra.

Si bien es generalizada la opinión de que los jesuitas nunca quisieron entrar en tierras de indios con destacamentos militares para evitar esa mala imagen, lo hicieron en numerosas oportunidades. Desde la primera reducción de guaycurúes, el P. Lorenzana, aún antes de fundada, entró con un capitán y otro español y varios indios guaraníes que ayudaron a levantar la iglesia.

Con los chiriguano, recordemos que la entrada del P. Zea fue acompañada por soldados, pero en son de paz. No fue así cuando, luego del levantamiento chiriguano de 1728, los PP. Jaime de Aguilar y Francisco Jardín fueron de la partida, aportando incluso doscientos chiquitanos para sumarse al ejército español. Al año siguiente y en otra expedición punitiva, también acompañaron al ejército otros dos jesuitas. Aunque también lo hacían junto a los soldados, en los intentos frustrados de paz en el mismo sitio. Pero los chiquitanos siguieron aportando cuerpos para la guerra contra los chiriguano cuando sitiaron Santa Cruz de la Sierra en 1735.

Estas culturas originarias practicaban, al menos una forma mínima de urbanismo de agrupación en casas familiares. Según el P. Chomé los chiriguano ubicaban sus casas en círculo, alrededor de un espacio central o plaza.

En cuanto a la vivienda de los guaycurú, descritas en varias oportunidades, desde Alvar Núñez, Espinosa, del Techo y Lozano, eran tan simples que las llevaban al hombro. El primero escribe que tenían quinientos pasos, y Lozano explicita que eran de tres metros de altura y a su vez estaban divididas en tres sectores, ocupando el cacique, su familia y las armas, el espacio central que era más amplio. Cada sector estaba dividido por un horcón y el piso era de cuero.

Estos pequeños grupos dispersos por todo el territorio fueron obstáculo fundamental para la dominación española, pues su agrupamiento permitía tener un registro de los habitantes, mantenerlos en policía y usufructuar de los grandes territorios que dejaban vacíos a la hora de juntarlos.

Los métodos de ocupación reduccional no fueron siempre iguales, habiendo variantes para cada circunstancia que respondía a la aceptación del indio a una nueva forma de vida que no coincidía con su cultura. Desde procedimientos evangelizadores hasta las guerras, fueron las herramientas válidas para la transformación del paisaje cultural chaqueño.

Cuando los indios veían esta propuesta de agruparlos en reducciones, inmediatamente lo asociaban a que el objetivo de los jesuitas era tenerlos justamente juntos para después entregarlos a los españoles y con ello a sus encomiendas. De allí que hubiera tanta desconfianza, como el caso de las reducciones de chiriguano, que fueron incendiadas por ellos mismos, creyendo que serían entregados a los portugueses.

Los colegios fueron, además de centros educativos, enclaves urbanos para las misiones volantes que se realizaban en los alrededores, tanto en estancias de españoles como en pueblos de indios. Pero también constituyeron bases operativas para entradas al interior del Chaco con fines reduccionales. Asunción lo fue para con los guaycurúes, pero el caso del Colegio de Tarija fue especial, pues su fundación se debió

fundamentalmente para crear un centro de operaciones frente al proyecto de conquista y evangelización de chiriguanos.

Aunque parezca desconectada la ocupación territorial y dominio del indígena con la evangelización, para poder ingresar a misionar por territorio o establecer una reducción lo primero que debían hacer los religiosos era conseguir una licencia del gobernador y otra del obispo, que a su vez la demandaban al rey. En el caso de los chiriguanos de Tarija, aquella licencia tardó cuatro años de espera, aunque igual se había comenzado la empresa.

La aceptación por parte de los caciques a incorporarse a la vida reduccional, cobró particular contorno en el caso de los chiriguanos de San Ignacio de Tariquea, en 1691; pues previamente a la aceptación se convocó a un gran parlamento, con la asistencia de los caciques de la comarca. Los debates eran acompañados con una borrachera que se extendió por toda la noche. Al amanecer, todos fueron al río y luego se adornaron con plumas y pintaron sus rostros convenientemente. Siguieron con cánticos y danzas otra vez, hasta el anochecer en que al fin dieron su parecer al jesuita. Aunque aceptaron con tres condiciones: que no se los saque de sus tierras, que no se les quiten sus mujeres y que sus hijos no sirvan a los sacerdotes. El P. Arce dijo que si a todo, con la convicción que con el tiempo los podría enderezar. La reducción contó además con una organización administrativa, pues se nombró en solemne acto en Tarija a quien sería el cacique corregidor.

Lo primero que hacían los jesuitas en la supuesta flamante reducción era plantar una cruz en un lugar central que podía ser un pueblo ya establecido o, incluso, un descampado. Este símbolo no necesariamente iba a ser el referente de la fundación de una reducción.

En la reducción de Presentación de chiriguanos, en menos de un año se concluyó una capilla con dos aposentos para los jesuitas con todo el conjunto debidamente cercado. No se mencionan las casas de indios, e incluso se dice que bautizaron ciento setenta párvulos que en gran parte murieron, y no se habla de otros bautizados.

Otro caso particular de cómo iniciar una reducción lo vemos en la refundación de la reducción chiriguana del Valle de las Salinas, en 1713, previo a un acuerdo entre los caciques y los jesuitas. Se hizo un solemne ingreso en andas con una imagen que llamaron Nuestra Señora de los Chiriguanos, recorriendo un camino con más de medio centenar de arcos triunfales. Al llegar a una improvisada capilla, la jornada siguió con grandes fiestas, y a los pocos días el sacerdote, al fin, levantó la cruz fundacional en la plaza del pueblo del cacique Capitamirí. En este caso en particular, fue explícito que los indios aceptaron reducirse para obtener protección de otras tribus que los acechaban y de los mismos españoles que los maloqueaban. Pero recién dos años después se concretó la misma con el nombre de Inmaculada Concepción. Esta reducción se partió en dos pueblos pequeños, donde en uno residirían los indios cristianos y en el otro los catecúmenos. En el primer pueblo se nombraron corregidor, teniente, alcaldes y alguaciles, formándose hasta una escuela de primeras letras y de canto.

El mismo pueblo de chiriguanos de Concepción, y luego de su refundación en 1733, se volvió a dividir, creándose Nuestra Señora del Rosario en la parte inferior del Valle de Tariquea. El pueblo quedó en manos del P. Pons por el resto de su vida, aunque debió afrontar muchos traslados, terminando en el Valle de las Salinas, con mataguayos y chiriguanos juntos, hasta que los primeros se fueron al Valle de Chiquiaca.

## BIBLIOGRAFÍA

- BRUNO SDB, Cayetano (1992), *Las órdenes religiosas y la evangelización en Indias*, Rosario: Ediciones Didascalía.
- COELLO DE LA ROSA, Alexandre (2007), “Los jesuitas y las misiones de frontera del Alto Perú: Santa Cruz (1587-1603)”, *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 33, Madrid.
- COMBÈS, Isabelle (2007), “De Sanandita al Itiyuro: los chanés, los chiriguano (¿y los tapietes?) al sur del Pilcomayo”, *Indiana*, N° 24, Instituto Ibero-Americano de Berlín.
- CORRADO, Alejandro María y Antonio COMAJUNCOSA (1884), *El Colegio Franciscano de Tarija y sus misiones*, Quaracchi, (Florenca): Tipografía del Colegio de San Buenaventura.
- DAVIN SJ, Diego (1756), *Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extranjeras, y de Levante por algunos misioneros de la Compañía de Jesús*, Tomo Decimocuarto, Madrid: Imprenta de la viuda de Manuel Fernández y del Supremo Consejo de la Inquisición.
- DE LA VEGA, Inca Garcilaso (1609), *Primera parte de los Comentarios Reales, que tratan del origen de los Yncas, reyes que fueron del Peruv...* Lisboa: Oficina de Pedro Crasbeek.
- EGAÑA SJ, Antonio de (1966), *Monumenta Peruana*, Vol. IV (1586-1591), Roma: Instituto Histórico de la Compañía de Jesús.
- FERNÁNDEZ SJ, Juan Patricio (2004) [1726], *Relación historial de las misiones de indios Chiquitos que en el Paraguay tienen los padres de la Compañía de Jesús*, Jujuy: Centro de Estudios Indígenas y Coloniales, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de Jujuy.
- GONZÁLEZ, Ricardo (1998), “El Colegio de Tarija y las misiones entre los chiquitos (1689-1718)”, en *VII Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas*, Resistencia Chaco 26 al 28 de agosto de 1998, Instituto de Investigaciones Geohistóricas-CONICET.

- LEONHARDT SJ, Carlos (1929), *Documentos para la Historia Argentina. Iglesia. Cartas Anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús (1615-1637). Tomo XX*, Buenos Aires: Peuser-Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas.
- LOZANO SJ, Pedro (1941) [1733], *Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba y de los ritos, y costumbres de las innumerables naciones barbaras, e infieles, que la habitan...* Reedición con prólogo e índice por Radames A. Altieri, Tucumán: Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán.
- MACHONI SJ, Antonio (1732), *Las siete estrellas de la mano de Jesús. Tratado Histórico de las admirables vidas y resplandores de virtudes de siete varones ilustres de la Compañía de Jesús, naturales de Cerdeña, y Misioneros Apostolicos de la Provincia del Paraguay de la misma Compañía*, Córdoba: Colegio de Asunción.
- MIRANDA SJ, Francisco (1916), *Vida del venerable sacerdote don Domingo Muriel, religioso un tiempo de la abolida Compañía de Jesús y último provincial de su provincia del Paraguay*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- OLIVETO, L. Guillermina y Beatriz VENTURA (2009), “Dinámicas poblacionales de los valles orientales del sur de Bolivia y norte de Argentina, Siglos XV\_XVII. Aportes etnohistóricos y arqueológicos”, *Población y Sociedad*, Tucumán, N° 16.
- O’NEILL SJ Charles E. y Joaquín María DOMÍNGUEZ, SJ (2001), *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús, Biográfico-Temático*, Tomo III, Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- PAGE, Carlos A. (2005), “El Colegio de Tarija y las misiones de chiquitos”, *Anuario de Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos*, Sucre: Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia.
- — —. (2007), “I Gesuiti sardi delle misión del Paraguay”. *Theológica & Historica*, Pontificia Facoltà di Teologia di Cagliari, Diciembre N° XVI.

- — —. (2010). *El Colegio de Tarija y las Reducciones de Chiquitos según las Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay*, Colección de fuentes para la Historia de la antigua provincia jesuítica del Paraguay. lo "Raleigh, Carolina del Norte" Raleigh, Carolina del Norte, US: Lulu Press Inc., 2011. También en: <http://www.carlospage.com.ar/wp-content/2008/06/cartas-anuas-chiquito.pdf>.
- — —. (2012). *Las otras reducciones jesuíticas. Emplazamiento territorial, desarrollo urbano y arquitectónico entre los Siglos XVII y XVIII*, Madrid: Editorial Académica Española.
- PASTELLS SI, Pablo (1912), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo de Indias*, Tomo 1 (1568-1697), Madrid: Librería General de Victorino Suárez.
- — —. (1918), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo de Indias*, Tomo 3 (1669-1679), Madrid: Librería General de Victorino Suárez.
- — —. (1924), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo de Indias*, Tomo 4 (1683-1704), Madrid: Librería General de Victorino Suárez.
- PASTELLS SI, Pablo y Francisco MATEOS SI (1946), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*, Tomo 6 (1715-1731), Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo.
- — —. (1948), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*, Tomo 7 (1731-1751), Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo.
- PIFARRÉ, Francisco (1989). *Los Guaraní-Chiriguanos: Historia de un pueblo*, Vol. 2, CIPCA, Cuadernos de Investigación N° 31, La Paz, Bolivia.

- POSNANSKY, Arturo (1931), *Publicación del Manuscrito Inédito de Fr. Bartolomeo de Mora de lo sucedido en la Guerra de Chiriguanos 1729, con introducción y notas del doctor A. Metreaux*, en Revista del Instituto de Etnología, Universidad Nacional de Tucumán, Tomo II.
- ROS, José; COMBÈS, Isabelle, *et. al.* (2003). *Los indígenas olvidados. Los Guaraní-Chiriguanos urbanos y peri-urbanos (Santa Cruz de la Sierra, Bolivia)*. La Paz, PIEB.
- SAIGNES, Thierry (2007), *Historia del pueblo chiriguano*, (Comp de Isabelle Combès), Bolivia: Instituto francés de estudios andinos, embajada de Francia, Plural editores.
- STORNI SI, Hugo (1980), *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*, Roma: Institutum Historicum SI.
- TORRES SALDAMANO, Enrique (1882). *Los antiguos jesuitas del Perú. Biografías. Apuntes para su historia*. Lima: Imprenta Liberal.